

JAIME BREILH PAZ Y MIÑO Y FANNY HERRERA, *EL PROCESO JULIANO. PENSAMIENTO, UTOPIA Y MILITARES SOLIDARIOS*, QUITO, CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL/UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2011, 200 pp.

La Revolución juliana sigue siendo, como lo fue hace ochenta años, un tema de estudio y debate entre quienes trabajan la historia del Ecuador. Los textos de historia general hacen referencia a ella. También hay estudios especializados, tanto escritos a pocos años del proceso, como recientes, que han ofrecido interesantes perspectivas sobre los acontecimientos. Unas pocas investigaciones sobre militares hacen referencia al suceso. Y, desde luego, se han escrito unas cuantas biografías sobre algunos de los protagonistas de esa etapa. Pero, sobre todo cuando se trata de caracterizar a la “revolución”, hay aún debates agitados.

Para algunos, el golpe de Estado de 1925 y los acontecimientos que lo siguieron no fueron una “revolución”, sino un mero salto de modernización estatal. Para otros, sí fue una transformación profunda del país. Hay escritos en que se la caracteriza como un acto “militarista” más en nuestra vida nacional, aunque en este caso, se reconoce, no fue un hecho caudillista, sino colectivo. No ha faltado quien, desde el cuarto oscuro del regionalismo, haya visto en ella un perverso intento de acabar con Guayaquil y sus instituciones.

El hecho es que, felizmente, hay buenos trabajos sobre el tema, sobre todo aquellos que han caracterizado al “movimiento juliano” como una irrupción de militares progresistas que echó abajo a la plutocracia y llevó adelante cambios que incorporaron al espacio público algunos elementos de corte social, especialmente orientados por una clase media en crecimiento.

Pero casi no se ha trabajado sobre el pensamiento de esos militares jóvenes, sobre sus avances y limitaciones. Inclusive, se conoce muy poco la vida y hechos de algunos de ellos, sin duda referentes políticos importantes de ese proceso. Este libro de Jaime Breilh tiene como objeto cubrir ese vacío. Pretende insertar el pensamiento juliano en la historia de las ideas del Ecuador; establecer el carácter revolucionario del hecho, y rescatar del olvido a Luis Telmo Paz y Miño, uno de los líderes del movimiento juliano, destacado militar, geógrafo, historiador e innovador de nuestro pensamiento.

Para cumplir con su objetivo, Breilh explora los antecedentes del “pensamiento intelectual” en el país desde el siglo XIX, discute algunas bases epistemológicas, establece una periodización de las ideas, y se adentra en la cuestión nacional. Hace referencia a los antecedentes del golpe de Estado militar del 9 de julio de 1925, comenta y debate sobre los tres momentos que se definieron entre 1925 y 1931, y establece las principales características de los sucesivos gobiernos, desde las juntas plurales, hasta la dictadura y régimen constitucional de Isidro Ayora.

El autor se empeña en demostrar que la Revolución juliana no fue, como algunos la han visto, una continuidad sin más de la Revolución liberal, sino una ruptura, ya que sus paradigmas no apuntaron a la mera continuación del Estado laico, sino su transformación en un “Estado social”. Esto es verdad, aunque no llega a demostrar que la juliana fuera una verdadera revolución en lo político y social. Fue un cambio radical en el Estado ecuatoriano, sin duda, pero, a mi juicio, se quedó corta para ser revolución, pese a las propuestas iniciales de sus líderes militares, algunos de los cuales sí fueron, si se quiere, “revolucionarios”, al menos por un tiempo.

Es correcto subrayar que entre el pensamiento de los actores de la Revolución liberal y los del movimiento juliano hay una ruptura, es decir, un sustancial avance no solo en la forma de concebir la realidad nacional, sino en la manera en que se reformó al Estado. Pero, a riesgo de traicionar a la dialéctica y a la naturaleza del proceso, se debe también reconocer que hubo en los julianos una buena dosis de continuidad del alfarismo, es decir, del lado radical de la transformación liberal. Si no fuera por su visión de la participación popular y por los cambios que Alfaro introdujo en el Ejército, que se volvió más institucional y más “nacional”, los jóvenes militares julianos no hubieran existido. Podemos decir, en este sentido, que tanto el movimiento juliano como el surgimiento del socialismo tuvieron una de sus vertientes en la lucha alfarista frente al latifundismo, el clericalismo y a la plutocracia.

Para apuntalar su argumentación, Jaime habla de la juliana como una “revolución traicionada”, aunque no dice quien la traicionó (me temo que, si fue así, el principal actor de la traición sería Isidro Ayora). Pero, más allá del recurso retórico, el autor establece con mucha claridad, por otra parte, el escenario en que se produjo y las dos vías posibles por las que el proceso juliano pudo optar. Y plantea, a mi juicio con mucha razón, que optó por la vía de la reforma más democrática. Y, en este caso, Ayora se revela como el gran gobernante que fue.

En general, la caracterización de la Revolución juliana es acertada, aunque algunos párrafos dan la impresión de que Breilh piensa que esta fue el arranque y el motor de un gran proceso social, con los militares a la cabeza. A mí me parece, en cambio (y, a ratos, por la lectura de otros párrafos espe-

cíficos, creo que Jaime piensa igual), que desde los años 1920 a los de 1940 el proceso de fondo fue una gran irrupción de las masas en la escena política y cultural. La Revolución juliana fue un acontecimiento (y ciertamente básico) de ese gran proceso, en que los protagonistas, llamémoslos estructurales o colectivos, fueron los trabajadores organizados y los sectores medios en ascenso. El movimiento juliano no fue causa, sino efecto, de una realidad de mayor alcance que configuró un período entero de nuestra historia: desde 1925 a 1947.

En este estudio, el autor discute con detenimiento algunos conceptos. Ya hemos mencionado a la “revolución”. También se debe observar que dedica un amplio espacio al papel de las “clases medias” en el proceso juliano, con sus avances y limitaciones. Es muy importante, adicionalmente, tomar en cuenta su énfasis en la “centralidad de la salud” de las acciones de los gobiernos julianos, especialmente en el de Isidro Ayora. De este modo, cumple su propuesta de trabajo de años, que relaciona la salud con sus determinantes sociales, un esfuerzo por el que se lo ha reconocido a nivel continental.

Uno de los elementos más llamativos de este libro es la reivindicación del general Luis Telmo Paz y Miño, que fue presidente de la “Junta Suprema Militar” en 1925, cuando era teniente coronel. De él apenas si se conocía su estudio pionero sobre la población, citado profusamente, no solo porque era el único, sino, sobre todo, porque es muy bueno. Pero se desconocían sus otras facetas políticas, académicas y humanas.

Jaime Breilh demuestra que fue uno de los jefes del movimiento juliano, aunque no logra establecer si eso basta para considerarlo un revolucionario, sobre todo porque no cita otra fuente que un manifiesto de 1925, del todo insuficiente para calificar solo con esa base el pensamiento y la acción de una persona. Lo que sí consigue el autor, y con mucha claridad y fuerza, es mostrar a un Paz y Miño multifacético, innovador de la milicia y del servicio público, cultor de la geografía aplicada y de la historia lingüística, prolífico escritor, que incursionó en varios géneros, entre ellos la novela inédita *Farinango*.

De la propia lectura de este libro se desprende que, luego de un impulso renovador radical de 1925, Paz y Miño mantuvo ideas progresistas, pero optó por no militar en la izquierda, sino que se dedicó más bien a varias actividades de servicio público –fue, por ejemplo, el director del primer censo de nuestra historia– y a la producción intelectual en ámbitos pioneros. Todo lo cual lo coloca en un sitio importante de la historia de la cultura nacional.

La lectura de este libro arroja nueva luz sobre la Revolución juliana y sus actores. Ofrece nuevas perspectivas para la reflexión sobre política, pensamiento y salud pública. También provoca que nos comprometamos a conocer mejor a Luis Telmo Paz y Miño, así como a otros actores de esa etapa: militares como Ildefonso Mendoza, Luis Larrea Alba y Juan Manuel Lasso, entre otros; científicos como Pablo Arturo Suárez; pensadores y promotores como Luis Na-

poleón Dillon; así como soldados y trabajadores que permanecen anónimos. Para ello, esperamos que el Taller de Historia de la Salud que mantiene el Área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en cuyo marco se ha producido esta obra, publique pronto el anunciado libro colectivo sobre los procesos y personajes de la etapa juliana, tan importante en nuestra vida nacional, cuando en medio de una crisis, los trabajadores irrumpieron en la escena pública, y la sociedad toda comenzó a pensar por primera vez en la justicia social y en que el “hombre proletario” es actor central de la historia.

Enrique Ayala Mora

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

ROBERTO CHOQUE CANQUI Y CRISTINA QUISBERT QUISPE, ***HISTORIA DE UNA LUCHA DESIGUAL. LOS CONTENIDOS IDEOLÓGICOS Y POLÍTICOS DE LAS REBELIONES INDÍGENAS DE LA PRE Y POST REVOLUCIÓN NACIONAL***, LA PAZ, UNIDAD DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS UNIH-PAKAXA, 2012, 259 pp.

Hace varios años Roberto Choque Canqui inició, con su ingreso a estudiar historia en la universidad, la recuperación de la memoria del mundo indígena. La diversidad de trabajos sobre la participación del indígena en la sociedad colonial, primero, en la republicana boliviana, luego, nos permite seguir los hilos de esa historia trazada por Roberto Choque. Desde los trabajos sobre la participación de los caciques indígenas del período colonial, pasando por la masacre de Jesús de Machaca, o ese trabajo no profundizado sobre la República del Kollasuyo, que ligados a su tesis de maestría “Los contenidos ideológicos y políticos de las rebeliones indígenas de la pre-revolución de 1952” nos muestran el interés, y principalmente el método, por el que busca explicar ese proceso histórico en el que los actores centrales son los indígenas. No debemos olvidar los dos trabajos realizados junto a Cristina Quisbert, *Líderes indígenas aymaras* e *Historia de la educación indígena en Bolivia*, y a este último trabajo que nos referiremos en esta reseña.

El libro, como nos dicen los autores, “constituye una investigación comprendida dentro la historia indígena anterior y posterior a la Revolución de 1952, cuyo objetivo está dirigido a analizar los diferentes escenarios y mecanismos de lucha empleados por los indígenas”. El trabajo está dividido en cinco grandes temas que, cronológicamente, abarcan los siglos XX y XXI, aun cuando efectúan, a manera de introducción, un análisis de las rebeliones indígenas de fines del siglo XIX.

Los autores narran cómo las élites culturales de las nacientes repúblicas de la América andina trataron de interpretar su proceso de formación cultural. La descripción del indio en la literatura de esos países estuvo atravesada por

el debate político sobre el “problema indígena”, discurso que surgió en el contexto de una lucha política entre las élites dominantes de la sociedad de los nuevos países andinos, donde las coyunturas políticas del Ecuador, Perú y Bolivia dieron lugar a diferentes debates. La visión predominante fue la de la oligarquía terrateniente, cuya explotación se justificaba con o sin desprecio por la raza indígena. Los representantes de esas élites culturales transformaron el discurso político en narrativa indigenista e impulsaron un primer reconocimiento político del indio.

Desde una lectura muy propia, Roberto Choque y Cristina Quisbert mantienen que el objetivo fue concentrar las propiedades agropecuarias en pocas manos, de los blancos o mestizos. Entonces, habría que entender por qué la corriente positivista boliviana empezó a reagrupar en su entorno el interés de las élites criollas por el darwinismo social. Las élites sociales aplicaron esa propuesta buscando mostrar sus aplicaciones sociológicas como una promesa de progreso, porque la evolución de la humanidad no admitía ningún retroceso, siendo el grupo dominante siempre el mejor. Los dirigentes criollos buscaron la industrialización de Bolivia. Ambicionaban a llegar a ser propietarios agrarios. Para ellos, su estatus social estaba ligado a su condición de ser hacendados. De acuerdo a los autores: “podemos afirmar que, la participación indígena en esa contienda, entre otras cosas, tuvo el propósito de buscar un proyecto hacia una sociedad no excluyente que respetase las estructuras sociales propias en base al ayllu y la comunidad originaria y la instauración de un gobierno propio”. En los hechos, esto no fue posible dada la represión de los nuevos gobernantes quienes se inclinaron a velar por los intereses de la oligarquía dominante. La exclusión indígena continuó sin mayor variación, aunque después se registraron algunos cambios para los indígenas, pero bajo nuevos mecanismos de lucha.

Ya entrando en sus propuestas para analizar el siglo XX, Choque y Quisbert nos muestran la importancia del movimiento cacical y las rebeliones que se dieron antes de la “guerra del Chaco”. Vienen a la mente entonces las propuestas iniciales que hiciera Roberto Choque en sus trabajos sobre Jesús de Machaca y su tesis de maestría sobre los movimientos indígenas antes de la guerra con el Paraguay y la educación indígena. De ello se desprenden dos ejes que a los autores les permiten explicar sus propuestas: por un lado los llamados caciques apoderados y, por otro, la educación indígena.

El movimiento indígena asumió nuevos mecanismos de lucha: primero, la adopción del liderazgo de los caciques apoderados como representantes de las comunidades originarias ante las autoridades gubernamentales, especialmente para gestionar las demandas de los comunarios del respeto a las tierras comunitarias y la creación de escuelas indigenales en los ayllus; y, segundo, la participación de los preceptores indígenas en la defensa de tierras comuni-

tarias y el establecimiento de escuelas de alfabetización para niños y jóvenes, tanto en las comunidades como en los centros urbanos. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, empezaron a circular ideas socialistas en los círculos intelectuales peruanos, quienes –articulados en una asociación– introducirán esas ideas en Bolivia.

La Asociación Pro Indígena fue un movimiento contra la agresión teórica y práctica de la oligarquía “limeña” que demandaba el exterminio de los indios anexando sus bienes comunales a sus haciendas y apropiándose de su fuerza de trabajo, estaba bajo la dirección de Pedro Zulem y Dora Meyer, esta última considerada el nexo de un antiguo grupo de clubes literarios limeños que, a través de la novela, buscaban reivindicar al indio (donde resaltaron las figuras de Juana Manuela Gorriti, Lucas Jaimes y Carolina Freire) con las nuevas ideas socialistas que ingresaron al Perú.

Para los miembros de la Asociación, la educación era la parte más importante de su ideal, por lo cual propiciaron conversaciones en torno al tema. Uno de los personajes que tuvo influencia en el pensamiento indigenista boliviano, en la primera década del siglo XX, fue el apoderado de los indígenas de Chucuito, Teodomiro Gutiérrez Cuevas, más conocido como el Rumimaki.

Los autores sostienen que el indígena no fue considerado ciudadano boliviano por su condición de analfabeto y, por consiguiente, no podía reclamar sus derechos a la educación ni a la participación política, en calidad de elector y elegido, en igualdad de condiciones con los demás miembros de la sociedad civil. Aspecto que es resaltado, destacando la propuesta de Eduardo Leandro Nina Quispe en la constitución de la Sociedad República del Kollasuyu, que interpeló a la constitución social de la nación, porque la comunidad indígena no fue reconocida como parte integrante de la sociedad civil.

El establecimiento de las escuelas indígenas en Bolivia fue una de las acciones educativas de mayor importancia en la historia de la educación indígena. Entre estas escuelas se destacan las escuelas normales rurales que se fundaron en varias regiones del país.

La historiografía boliviana ha resaltado que la “guerra del Chaco” permitió la integración boliviana porque ese episodio bélico juntó a blancos, mestizos e indígenas. Pero, como nos cuentan Roberto Choque y Cristina Quisbert, la “conscripción” fue un verdadero dilema para la población indígena y provocó su sublevación. Se empleó al ejército para capturar a todos los indígenas implicados en las sublevaciones contra sus patrones y las autoridades locales. Muchos fueron arrancados de sus hogares para ser enrolados inmediatamente en el ejército y marchar a la guerra. En este acápite no puede olvidarse la actuación de quien presidía la “Legión Cívica”, el padre Ibar Ramírez, sacerdote mexicano que combatió en la guerra de los cristeros y que fue expresamente traído por el gobierno boliviano para dirigir la “Legión” con el fin de “reclutar

a la población indígena”. Los viejos habitantes rurales todavía recuerdan cómo el cura hacía cavar sus tumbas a los indígenas rebeldes, antes de pasarles metralla.

Las sublevaciones indígenas, la conscripción y la “guerra del Chaco” convivieron en esos años. Mientras los sindicalistas de los centros urbanos, de corriente anarquista, avanzaban hacia una coparticipación con los indígenas en la lucha por las reivindicaciones sociales y económicas, las relaciones de la Federación Obrera Local (FOL) con los caciques indígenas se habían puesto de “manifiesto en la labor de apoyo e información que prestara a su lucha el periódico *Humanidad*”.

En lo que denominan las rebeliones de la posguerra, los autores muestran algo poco conocido: la formación del sindicalismo agrario antes de la llamada reforma agraria, en relación a tres factores: la vinculación del movimiento indígena con las organizaciones del movimiento obrero y artesanal de tendencias anarquistas, en la segunda década del siglo XX; la relación del proceso educativo con la defensa de tierras comunitarias y la lucha contra patrones de haciendas, de forma que los colonos podían organizarse en sindicatos agrarios para defender sus derechos sociales y económicos; y los cambios políticos y sociales posteriores a la “guerra del Chaco” que orientaron al movimiento indígena hacia otras formas de organización, en procura de sentar las bases sociales y políticas de un movimiento popular en Bolivia. En este capítulo se mencionan aspectos relacionados al Primer Congreso Indígenal Boliviano de 1945, en el que se discutieron cuatro puntos importantes: la supresión de servicios gratuitos; la educación indígena, cultura agraria y social; la reglamentación del trabajo agrario, y la organización de la policía rural.

La revolución de 1952 marcó un paradigma en la historia boliviana que introdujo cambios para la consecución de la vida boliviana, entre ellos la reforma agraria. Los políticos se mostraban muy susceptibles a una reforma agraria porque afectaba los intereses de la sociedad rural boliviana, es decir, de los terratenientes. El problema agrario implicó la lucha por la tierra de indígenas y hacendados. Los partidos políticos de derecha e izquierda proponían solucionar la “cuestión agraria” con una reforma que convirtiera al indígena en mano de obra remunerada y con educación orientada hacia su tecnificación. Pero no debemos olvidar que esa reforma agraria, desde el gobierno del MNR, tenía su antecedente en el informe de Mervin Bohan que planteaba el desarrollo agrario industrial del oriente boliviano.

La reforma provocó un conflicto campesino por el liderazgo, el MNR había introducido el “Sindicalismo Agrario” que, al parecer, buscaba eliminar la importancia de la antigua estructura de mando de las autoridades originarias, los caciques, que tenían crucial importancia antes de la revolución nacional de 1952. Se resalta la participación del movimiento indígena femenino organi-

zado que cumplió un rol protagónico en el ámbito del movimiento indígena. Desde el inicio de la lucha participó en las movilizaciones, especialmente en las marchas, cuando en la década de 1970 se vislumbró la necesidad de organizarse.

Un aspecto para resaltar son las propuestas del movimiento indígena más avanzado políticamente, relacionado con el indianismo y el katarismo, que se orientó hacia la participación política en los espacios de poder, con sus propias identidades políticas e ideológicas. Sobresalen el manifiesto de Tiwanaku de 1973 y el movimiento katarista promovido por los estudiantes universitarios, a través del Movimiento Universitario Julián Apaza (MUJA), que tenía como uno de sus planteamientos persistentes la constitución de un gobierno indígena. El trabajo concluye mostrando los movimientos indígenas del cambio iniciado, entre 1997 y el 2003 por Felipe Quispe, Alejo Véliz y Evo Morales.

De acuerdo a las nuevas tendencias teóricas, Roberto Choque y Cristina Quisbert se inscriben en la denominada “historia del presente” que en la historiografía tradicional, de fuerte influencia positivista, no está bien vista. Sin embargo, con *Historia de una lucha desigual*, Roberto Choque y Cristina Quisbert nos invitan a realizar una relectura de la realidad boliviana, mirando la historia desde otra óptica: la realidad indígena. Como decía el shuar, de los pueblos amazónicos ecuatorianos, Aij Juank, en su libro *Pueblo de Fuertes*: “con este texto queremos contribuir a que el hijo de nuestro pueblo que se inicia a la vida se haga consciente de pertenecer a un pueblo de valientes”.

Juan H. Jáuregui

Centro de Estudios para América Andina y Amazónica
(CEPAAA) Bolivia

GUADALUPE SOASTI TOSCANO, COMP., ***POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y CIUDADANÍA
EN EL PROCESO DE INDEPENDENCIA EN LA AMÉRICA ANDINA,***
QUITO, FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER, 2008, 348 pp.

Uno de los resultados positivos que producen las conmemoraciones de los hechos que se consideran memorables es la oportunidad que brindan a sucesivas generaciones de historiadores de volver a estudiarlos desde las nuevas perspectivas que brinda el tiempo transcurrido. Porque si bien los acontecimientos históricos pasaron como pasaron, la forma como se los entiende va cambiando con cada nueva generación. Eso ha sucedido, sin duda, con la conmemoración de la independencia de América, cuyos estudios se han concentrado en torno al primer centenario, el sesquicentenario y, ahora, del bicentenario, que se está cumpliendo a partir del año 2009.

El libro que aquí se comenta es un ejemplo de la beneficiosa utilización de la conmemoración para mejorar la comprensión de los acontecimientos que se conmemoran. Recoge los trabajos presentados en el Coloquio Internacional “Memoria e Historia Regional: una mirada al proceso de independencias en la América Andina” que tuvo lugar en Quito, en mayo de 2007, con el auspicio del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), la Cooperación Regional Francesa para los países andinos, la Fundación Museos de la Ciudad (Quito), el Gobierno de la Provincia de Pichincha y la Asociación de Historiadores del Ecuador (Adhiec).

El libro publica 13 ponencias que, en lo geográfico, cubren los países de origen de sus autores: Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. El título se refiere a “las independencias”, en plural, no por esa circunstancia sino por la convicción que el movimiento independentista buscó cosas diversas en distintos momentos, las que luego fueron unificadas bajo una sola mirada por la historiografía tradicional, por lo general de corte nacionalista y patriótico. Los trabajos se agrupan en tres secciones, alrededor de las cuales se presentan los comentarios que siguen.

El primer artículo corresponde a Carlos Contreras, profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, titulado “La independencia del Perú. Balance de la historiografía contemporánea” (pp. 13-39). Por “historiografía contemporánea” Contreras entiende las obras publicadas a partir de 1971, cuando se conmemoraron 150 años de la declaración de independencia de ese país, por el general San Martín, el 28 de julio de 1821, fecha escogida, más o menos arbitrariamente, como la de independencia. Entre 1971 y 1976, con el auspicio del Estado, se publicó la monumental “Colección Documental de la Independencia del Perú” (CDIP), organizada en 24 tomos y con un total de 86 volúmenes (si bien se habían planificado varios más), que, de alguna manera, estableció la versión “oficial” sobre el tema. A partir de esos documentos, Contreras analiza las principales corrientes historiográficas y los trabajos más importantes (libros pero también artículos) que se han publicado en las últimas cuatro décadas sobre la independencia del Perú, tema sobre el que “la historiografía refleja más claramente que en otros, las preocupaciones del presente volcadas en el estudio del pasado.” (p. 33) Al estudio le sigue una útil bibliografía, con 57 entradas. Un trabajo profesional y lúcido, de gran utilidad tanto para el especialista como para quien busque referencias específicas sobre el tema, así como para historiadores de otros países que requieran de una orientación.

La segunda ponencia corresponde a Alfonso Múnera, director del Instituto Internacional de Estudios del Caribe de la Universidad de Cartagena, sobre la “Historiografía de la participación de las ‘razas’ en la independencia del Caribe colombiano: Afrodescendientes en Cartagena de Indias” (pp. 41-58). Aquí

la delimitación no es temporal, pues se mencionan obras muy tempranas y recientes, sino temática. Por eso el corpus analizado es menor (17 entradas), si bien agrupado en dos acápite cronológicos: “los relatos tradicionales” (pp. 44-50) y “los nuevos estudios” (pp. 51-55). El autor concluye que ha existido “un cambio profundo” de “la mirada tradicional de asociar la participación de estos sectores a imágenes negativas”, pasando por “la mirada de los años 70 y 80 de ignorarlos por completo” hasta la más reciente historiografía de las dos últimas décadas que “admite, finalmente, que negros y mulatos jugaron un importante papel al frente de la lucha por la independencia de Colombia, especialmente del Caribe colombiano.” (p. 55). De nuevo estamos ante un análisis informado, útil y sugerente.

El tercer artículo se mueve entre la “historiografía” y las “propuestas políticas regionales”. Corresponde a Rossana Barragán Romano, de la Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia) y se refiere a la “Legitimidad de la historia o historia de legitimidades en la disputa por la capital de la República: Lecturas sobre la ‘Revolución del 16 de Julio de 1809’ en el siglo XIX, en el 52 y en la actualidad” (pp. 59-83). Plantea que “las disputas y proyectos políticos en pugna van modelando las lecturas y reescrituras de la historia”, para lo cual utiliza la noción de “trama” de Paul Ricoeur que la define como un acto configurante que “extrae una historia de una serie de acontecimientos transformándolos en una historia” (p. 60). Estudia la historiografía sobre el movimiento de julio de 1809 en La Paz en tres momentos: el siglo XIX, la época del Movimiento Nacionalista Revolucionario a mediados del siglo XX y la “actualidad”, representada por la tesis de licenciatura de Roberto Choque Canqui (1979), “uno de los primeros historiadores aymaras de la Carrera de Historia” (p. 75). Concluye que “en Bolivia, la historia tiene un lugar central en la legitimación de los proyectos políticos y la construcción de sujetos e identidades a partir de esas lecturas porque ellas determinan el sentido de las luchas políticas” (p. 79).

A continuación está el trabajo del historiador ecuatoriano Ángel Emilio Hidalgo, del Archivo Histórico del Guayas, sobre “Regiones, élites regionales y proyectos políticos contrapuestos, previo al proceso de formación de la República (1820-1830)” (pp. 85-99). Comienza por notar que hace falta un estudio más profundo de las condiciones históricas que permitieron la constitución del Estado ecuatoriano, desde una óptica que privilegie el rol regional (p. 85). A continuación sugiere la participación de las tres principales regiones que integraron el Ecuador (lideradas por las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca) durante el proceso independentista, los años grancolombianos y la Constitución de 1830, para mostrar que cada una con su propio proyecto político, a veces contrapuesto a los de las otras regiones. Finaliza afirmando que los “impulsos centrífugos y fuerzas centrípetas se mantuvieron, a lo largo del siglo XIX, en lucha por capturar espacios de poder e intervenir ideológica-

mente, en los diversos ámbitos de la vida política, económica y sociocultural de la nación” (p. 97).

Cierra esta primera sección la ponencia del también ecuatoriano Luis Alberto Revelo, de la Dirección de Memoria Institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, sobre “¿Prosperidad o supervivencia?: El caso de los productores de aguardiente de las 5 Leguas de Quito durante el período de Independencia” (pp. 101-119). Este ensayo estudia “los monopolios fiscales y sus consecuencias en el comercio quiteño a principios del siglo XIX” (p. 101) a través del caso de la producción de caña de azúcar, aguardiente y Estanco, desde la época colonial, la Gran Colombia y los primeros años de la República, para mostrar cómo el monopolio de la producción causó una serie de conflictos, “pero no diluyó el próspero negocio del alcohol, el mismo que se consolidó hasta 1950, año en que se abolió el Estanco de aguardiente en el Ecuador” (p. 117).

La segunda parte, referida a “Memoria e historia: los museos y las celebraciones”, abre con el trabajo de Cristina Lleras Figueroa, curadora de las colecciones de Arte e Historia del Museo Nacional de Colombia, titulado “Mis primeros 200 años: Los públicos y la celebración del bicentenario en Colombia” (pp. 123-149). El ensayo inicia con una serie de preguntas: “¿Estamos satisfechos con la manera como la historia y sus instituciones han construido la narrativa sobre la Independencia?” “¿Cómo representar la Independencia en el siglo XIX?” “¿Cuál es la promesa de esa memoria que se perfila para 2010?”, centrando la discusión en torno al caso de la percepción de la Independencia de los visitantes del Museo Nacional de Colombia (p. 124). Discute cómo la historia construye la identidad, la forma en que se representa la Independencia en el Museo Nacional de Colombia (incluyendo las reacciones de la “academia” y del “público” frente a esa representación), la enseñanza de la historia en la escuela, así como el contenido y enfoque de los textos escolares sobre la Independencia, para terminar preguntándose si es posible cambiar esas representaciones.

La siguiente ponencia, escrita por Elena Noboa Jiménez (Adhiec) se refiere a “Los museos nacionales: lugares de la memoria y del discurso de las nacientes repúblicas” (pp. 151-164). Su propósito es “analizar el papel de los museos nacionales como lugares de la memoria que consolidan una narrativa de nación” (p. 151). Parte de una explicación sobre el origen de los museos y, entre estos, los nacionales, aclarando que “el texto museológico se encuentra en una permanente tensión entre la homogeneidad creada y la heterogeneidad negada” (p. 153). Luego reseña el caso ecuatoriano, desde la efímera fundación de un Museo Nacional en la década de 1830 hasta la creación de los museos del Banco Central del Ecuador, a partir de la década de 1960, hoy del Ministerio de Cultura, el principal de los cuales pasó a llamarse “nacional”

en la década de 1990, para concluir que posiblemente “el establecimiento y sustento de un museo nacional no constituyó, ni constituye hasta ahora un proyecto interesante para ningún gobierno [ecuatoriano]” (p. 156). A continuación se refiere a la memoria y la narrativa de nación en la organización del museo, donde plantea que no se trata de “representar ‘todos’ los discursos que se sientan excluidos en estas narraciones monolíticas, sino la de plantear una ética de representación, que permita dar a conocer que lo que se escenifica y narra es solo una de las alternativas posibles” (p. 162).

A continuación se encuentra el ensayo de Raúl Román Romero, investigador del Instituto Internacional de Estudios del Caribe de la Universidad de Cartagena. Trata las “Celebraciones centenarias y conflictos simbólicos en la construcción de la memoria nacional colombiana, 1910-1921” (pp. 165-190). El estudio muestra que las celebraciones del primer centenario de la independencia colombiana, realizadas después de la Guerra de los Mil Días y de la separación de Panamá, acontecimientos que resquebrajaron la idea de unidad nacional, constituyeron la ocasión de reconstruir la idea. En ese intento se enfrentaron la visión andina, que privilegiaba el rol de Bogotá y el centro del país en la consecución de la independencia, y la visión caribeña o cartagenera, que destacaba los procesos y los héroes regionales. El trabajo utiliza los artículos de opinión y de polémica que publicó la prensa de aquellos días, así como los discursos de las autoridades de entonces y muestra que no se trataba solamente de diversas formas de ver los acontecimientos del pasado sino de la pugna de diversos intereses del presente. Más allá del caso específico colombiano, en el cual según el autor los puntos de vista del centro lograron silenciar a los de la periferia, el análisis tiene interés metodológico y podría servir como material comparativo para tratar otras tantas polémicas similares de los países latinoamericanos, como el que se examina a continuación.

La segunda sección cierra con la ponencia de María Soledad Castro, de la Dirección de Memoria Institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, que trata “Las celebraciones de los Centenarios de 1809, 1820 y 1822 en el Ecuador” (pp. 191-221), tema relacionado con el del trabajo anterior. Castro estudia una por una esas celebraciones, la primera se refiere al *Primer Grito de la Independencia* del 10 de agosto de 1809, en Quito; la segunda a la *Independencia de Guayaquil* del 9 de octubre de 1820 y, la tercera, a la *Batalla de Pichincha* de 24 de mayo de 1822, cuando la antigua Real Audiencia de Quito obtiene su independencia del Imperio español. Se ofrece útil y detallada información sobre el contexto político en el cual se desarrollaron las celebraciones, actos, discursos y exposiciones, entre otros, así como los monumentos y obras públicas que se inauguraron. Otra vez queda claro que las celebraciones tienen que ver con la conmemoración del pasado, pero igualmente con los intereses políticos, ideológicos y de otras índoles del presente. Quizá este

último tema pudo elaborarse más ampliamente en unas conclusiones que se echan de menos.

La última sección del libro, “Política, participación y ciudadanía”, abre con el estudio de María Luisa Soux, del Instituto de Estudios Bolivianos de la Universidad Mayor de San Andrés, sobre “Tributo, constitución gaditana y renegociación del pacto colonial” (pp. 225-251). El trabajo se inscribe en la discusión sobre la participación de los grupos indígenas en el proceso de la independencia. Después de revisar brevemente la bibliografía sobre el tema, Soux analiza el tributo como base de negociación del pacto colonial entre los indígenas, insurgentes y realistas, a través de lo cual rescata a los indígenas como actores políticos. El cuerpo del trabajo analiza el tema en varias etapas del proceso independentista, a partir de 1809, mostrando la participación indígena con una lógica propia, orientada a garantizar el acceso a la tierra y minimizar las exigencias del tributo y de la mita que, por supuesto, no tenían por qué coincidir con las discusiones de los blancos y mestizos sobre independencia o la fidelidad al rey. Queda claro que los acontecimientos que llevaron a la crisis del pacto colonial inauguraron una nueva etapa de negociación de los intereses indígenas con el Estado boliviano.

El segundo trabajo de esta sección corresponde a Alonso Valencia Llano, del Centro de Estudios Regionales (Región) y del Departamento de Historia de la Universidad del Valle (Cali) sobre “La oposición popular a los proyectos independentistas de las élites del sur de la Nueva Granada” (pp. 253-277). Esta ponencia muestra “los comportamientos de los sectores dominados durante el proceso de independencia de la Gobernación de Popayán” en varios momentos claves: la revolución de Quito de 1809-1812, la proclamación del cabildo de Cali del 3 de julio de 1810, la Junta de Gobierno de Bogotá del 10 de julio del mismo año, la restauración realista de 1816. El estudio también da cuenta de “la resistencia de los negros y mulatos del Patía y de los indios y mestizos de Pasto” a partir de 1819, cuando Simón Bolívar toma Santafé de Bogotá y pone fin al dominio realista en la Nueva Granada. La resistencia se mantiene después de que el general Sucre sale por Buenaventura hacia Guayaquil (1821) para dirigir la guerra por la independencia del actual Ecuador, sigue entre 1822 y 1824, bajo la conducción de los coroneles Benito Boves (español) y Agustín Agualongo (pastuso). La represión republicana se extiende hasta 1826, cuando la resistencia pastusa fue vencida y la república da a los habitantes del sur de la actual Colombia “la posibilidad de integrarse a ella sin ser conscriptos forzosos, ni contribuyentes, simplemente: ciudadanos libres” (p. 272).

A continuación viene la ponencia de Lucía Moscoso Cordero (Adhiec) sobre “Mujeres de la independencia: el caso de Rosa Zárate” (pp. 279-291). Se trata del avance de una investigación en marcha que se basa principalmente

en el análisis de documentos primarios, varios de ellos inéditos. Comienza notando que la historiografía ecuatoriana prácticamente ha ignorado la participación de los sectores populares en el proceso independentista, y que, centrada como ha estado en el estudio de los “hombres-héroes”, tampoco se ha preocupado de rescatar la participación de las mujeres en aquellos acontecimientos. Señala varios nombres de mujeres que participaron en la lucha, cuyo estudio sería indispensable para lograr una visión menos excluyente del proceso. Después viene un recuento más bien esquemático de la vida novelesca de Zárate, fusilada y decapitada en Tumaco (Esmeraldas, actual Ecuador), el 17 de julio de 1813, al año siguiente de la derrota final de la revolución quiteña, por haber participado en los tumultos que causaron la muerte del Conde Ruiz de Castilla, presidente de la Audiencia de Quito, destituido por los revolucionarios. La autora aporta datos que permiten tener una visión más completa del personaje, pero que requieren ser colocados en un contexto más amplio, como la propia historiadora lo plantea.

La tercera sección, y el propio libro, cierran con el estudio escrito por Guadalupe Soasti Toscano (ADHIEC), coordinadora académica del Coloquio, en el cual se presentaron las ponencias y compiladora del libro. Su trabajo se titula “Pedagogía política ilustrada: De vasallo a ciudadano, lo que produjo el conocimiento de ‘Los derechos del hombre y el ciudadano’” (pp. 293-318). En la primera parte resume brevemente los antecedentes de la Ilustración en América y en Quito, desde fines del siglo XVIII, como marco para poder identificar “algunos rasgos de pedagogía política de los quiteños ilustrados, con miras a dar un giro cultural que apoye su proyecto político” (p. 295). Luego, y con igual brevedad, sintetiza los acontecimientos de la revolución quiteña de 1809-1812. A continuación utiliza dos documentos que cita y comenta: el juicio seguido a Antonio Nariño por la traducción y publicación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1794 y el informe del procurador general síndico personero de Quito, Ramón Núñez del Arco, quien informa detalladamente al Presidente de la Audiencia de Quito, Toribio Montes, de lo acontecido en esa ciudad durante la mencionada revolución, que ya había sido vencida. Sobre esa base postula que en los discursos de los patriotas quiteños “subyace la interiorización de los Derechos del Hombre y la posibilidad de accionar como ciudadanos, con una base de legalidad e igualdad construida como elemento cultural” (p. 315).

El libro finaliza con una extensa bibliografía general (pp. 319-346) y una sucinta nota sobre el Coloquio Internacional, cuyas ponencias recoge (pp. 347-348). Concluamos nosotros también esta reseña expresando la confianza que los años que restan del bicentenario del complejo y largo proceso de independencia latinoamericana (que en el caso del Ecuador, quizá el más largo de Sudamérica, terminó recién en 1830) sean utilizados por los historiadores

para profundizar la comprensión de esa etapa fundacional de los actuales Estados latinoamericanos.

Carlos Landázuri Camacho
Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)

NICHOLAS CUSHNER, ***HACIENDA Y OBRAJE, LOS JESUITAS Y EL INICIO DEL CAPITALISMO AGRARIO EN QUITO COLONIAL, 1600-1767***, TRADUCCIÓN

DE GONZALO ORTIZ CRESPO, BIBLIOTECA BÁSICA DE QUITO,
INSTITUTO METROPOLITANO DE PATRIMONIO, QUITO, 2012, 399 pp.

Farm and Factory. The Jesuits and Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito, 1600-1767 es la obra original de Nicholas Cushner, Profesor de Historia del Empire State College, Universidad Estatal de Nueva York, editada hace ya treinta años. Texto conocido en el mundo académico ecuatoriano de la década de 1980, en el marco de los estudios sobre modernización campesina y conflictos agrarios, donde la transición al capitalismo en el agro fue precisamente uno de los temas más relevantes y debatidos desde varias disciplinas. El planteamiento sobre los jesuitas y su vinculación a la agricultura colonial fue recogido desde el enfoque de la historia agraria y económica por historiadores latinoamericanos, incluyendo los ecuatorianos,¹ antes y después del trabajo de Cushner.

Aunque la balanza política-económica ecuatoriana ha cambiado en los últimos veinte años, la temática siempre llama la atención, por ello es relevante la preocupación del Instituto Metropolitano de Patrimonio de Quito de encarar a Gonzalo Ortiz Crespo su traducción al español, en una elegante y cuidada edición titulada *Hacienda y obraje. Los jesuitas y el inicio del capitalismo agrario en Quito colonial, 1600-1767*, para ponerla al alcance de todos.

En los siete capítulos de la historia agraria y económica trazados por Cushner, el hilo teórico conductor es la relación entre la especificidad de las características del capitalismo agrario y las empresas agrícola-ganaderas de

1. Segundo Moreno, "Traspaso de la propiedad agrícola indígena a la hacienda colonial: el caso de Saquisilí", en *Anuario para la Historia del Estado, Economía y Sociedad de Latinoamérica*, t. XVII, edit. Boehlau Verlag, Colonia/Viena, 1980. El mismo artículo en *Cultura: revista del Banco Central del Ecuador*, vol. IV, No. 10, Quito, 1981. El autor estudia la formación de la hacienda jesuita "La Compañía". Ver también los estudios de Christiana Borchart, "La crisis del obraje de San Ildefonso a finales del siglo XVIII", en *La Audiencia de Quito, aspectos económicos y sociales (siglos XVI-XVIII)*, Colección Pendoneros, No. 23, Quito, Banco Central del Ecuador, 1998 (1986). "Adquisición y organización de los bienes jesuitas en la antigua Provincia de Quito", en *Radiografía de la Piedra: los jesuitas y su templo en Quito*, Quito, FONSA, 2008.

los jesuitas en la Audiencia de Quito entre los siglos XVII y XVIII, es decir, capitalismo en temporalidades de antiguo régimen, contradiciendo a las propuestas de otros estudiosos latinoamericanos para los cuales el capitalismo en el agro se desarrolló con las repúblicas decimonónicas americanas; y, en el siglo XX, muy tardíamente, luego de las revoluciones alfarista y juliana, para el caso ecuatoriano.

El planteamiento de Cushner se afirma al proponer que la región dominada por Quito colonial tenía las condiciones necesarias para la formación de industrias y empresas agropecuarias que podían insertarse en el mercado mundial, propiedad privada y economía monetaria, además de un sistema de trabajo asalariado y redes de distribución.

El mayor aporte de Cushner es proponer un nuevo modelo agro-comercial, generado por la capacidad administrativa que tuvo la Orden Jesuita de construir grandes complejos hacendarios a distancia e integrados de manera vertical, inspirada en el viejo modelo andino del manejo simultáneo de varios pisos ecológicos a grandes distancias, localizado especialmente en Los Andes de puna y estudiado, desde los años de 1950, por John Murra.

Otro punto a favor del autor es observar que la eficiente gestión jesuita tenía un carácter jerárquico y especializado minimizar los gastos y maximizar las ganancias. La idea del capitalismo temprano cobra sentido si tenemos en cuenta que el nacimiento del modo de producción capitalista tiene sus antecedentes en el siglo XVI; sin embargo, si hablamos de relaciones de producción el debate cambia, lo que llama a discutir otros elementos del libro de Cushner que concitan la atención.

Varios estudios dan cuenta que la eficiencia económica que la Compañía de Jesús en las colonias españolas y su capacidad de invertir en tecnología, superior a la de los propietarios particulares. Cushner confirma, con un enfoque comparativo entre Ecuador, Perú y México, la multiplicidad de compras y otras formas de adquisición de las propiedades jesuitas a lo largo del siglo XVIII, mediante un análisis estadístico detallado de los procesos de traspaso de tierras. Sin embargo, la cantidad de información obtenida parece no ser la más adecuada,² ya que los datos no son sistemáticos, ni alcanzan el nivel analítico que el tema requiere. Si consideramos que los jesuitas fueron propietarios de más de cien haciendas ubicadas, principalmente, en los valles serranos de la Audiencia de Quito la muestra de Cushner es mínima. Para hacer conclusiones sobre una orden religiosa de la magnitud de la Compañía de Jesús, no son suficientes la Hacienda Chillo Compañía y sus agregadas, hace

2. Al analizar las fuentes vemos que son dispersas e incompletas, a falta de acceso a los archivos locales jesuitas para revisar los libros de contabilidad de las haciendas, es posible la consulta en el fondo de Temporalidades del Archivo Nacional-Quito.

falta incluir otros complejos como los cañeros o los típicamente hacendarios, a fin de arribar a una idea integral.

Lo anterior nos lleva a plantear que, a diferencia de otros estudios del autor, como los de Filipinas o la costa del Perú, el caso de Quito colonial deja un sabor a dudas. Una de las conclusiones que Cushner plantea es que las haciendas jesuitas eran empresas agro-comerciales capitalistas que generaban altas rentabilidades, con tasas que alcanzaban el 150% de ganancias. Ya en 1987 cuestionamos esas cifras, al comparar con los cálculos de las tasaciones para el complejo de haciendas cañeras jesuitas del Valle del Chota,³ por nosotros efectuados, que no sobrepasaban el 6%. La enorme diferencia se debe a que los cálculos de Cushner, centrados en el complejo hacienda-obraje Chillo Compañía, no consideraron la inversión inicial en tierras, insumos, ni mejoras efectuadas por los Regulares. Si bien las ganancias del complejo estudiado por Cushner pudieron ser mayores que las del Chota, la ausencia de información y nuevos cálculos hacen que plantee la existencia de elevadas tasas de retorno como beneficios marginales de las empresas jesuitas, cuestión que nos lleva a poner en duda si los jesuitas fueron ejemplo de un temprano capitalismo agrario como propone Cushner, en un espacio quiteño donde ya se sentía la pérdida de mercados y la caída de la gran producción obrajera. El argumento es poco consistente y podría resucitar viejos cuestionamientos dentro de un debate marxista.

El autor del libro considera como un punto importante de su planteamiento la liquidez con la que contaban los jesuitas, producto de las ganancias de las exportaciones. Sin negar el grado de eficiencia administrativa de los ignacianos, Cushner no dice que la cristalización de la racionalidad jesuita no se debió solo a la capacidad para concentrar tierras y agua sino también a que eran muy pragmáticos a la hora de elegir si trabajaban con indígenas o con negros esclavos, antes que responder a una política de mano de obra asalariada. La idea de jesuitas aliados a los incas o jesuitas defensores de los indios guaraníes parece responder solo a ciertas condiciones locales,⁴ es decir que la Orden combinó varios tipos de trabajo: invirtió en cuadrillas de esclavos de origen africano, en enganche por deudas a indígenas para los obrajes o en el alquiler temporal de indios arrieros, que en conjunto dieron lugar a relaciones sociales esclavistas y serviles.

Si a lo anterior agregamos que, luego de la expulsión jesuita en 1767, el proyecto sufrió una regresión en mano de los hacendados particulares, quienes continuaron con las mismas formas de trabajo, la idea de capitalis-

3. Rosario Coronel, *El Valle Sangriento. De los indígenas de la coca y el algodón a la hacienda cañera jesuita: 1580-1700*, Quito, Flacso/Abya-Yala, 1991, pp. 114-117.

4. *Ídem*, pp. 130, 131.

mo temprano es cuestionable y no tiene asidero profundo. Nos preguntamos si acaso subyace en la propuesta de Cushner la creación de una imagen de jesuitas como hacedores de un capitalismo que se instala en la modernidad. Por tanto, y a modo contrafáctico, se plantea la duda de si los jesuitas habrían contribuido a la formación del Estado-nación ecuatoriano si no hubieran sido expulsados.

Finalmente, un desliz académico: en la introducción del libro, Gonzalo Ortiz convierte en sujeto de la historia a la hacienda Chillo Compañía –olvidando que el centro de análisis de Cushner es el obraje jesuita–; condicionado como está por el debate del Bicentenario de los héroes de 1809, resalta que dicha hacienda, que había sido propiedad de los Regulares, pasó a manos del Marqués de Selva Alegre, lo que le lleva a poner más atención en los sucesos que en el planteamiento teórico de Cushner, desviando la atención del lector hacia otro tema, lo cual hace ruido en una obra que fue escrita en otro momento del debate histórico y que obedecía a objetivos diferentes.

Rosario Coronel Feijóo

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

